

Fuera del orden

Era 31 de marzo, a pocos días de iniciar la Jornada de Sana Distancia, y había entre los capitalinos mucho pánico, no como ahora. Ese mes, mi esposo y yo participamos en el Censo 2020 del INEGI y, a pesar de la sana distancia, habíamos continuado el trabajo hasta ese día, que sería el último.

Debíamos presentarnos en Balderas; por miedo preferimos llevarnos el carro desde el sur hasta el centro, en vez de irnos en nuestro amado metro. Las calles ya estaban vacías, podía olerse el temor y la incertidumbre por la pandemia mundial que nos había alcanzado.

Manejar ese día se convirtió en una batalla contra los demás automovilistas; conforme se diluía la vida cotidiana de la Ciudad de México, se diluían las reglas de tránsito hasta dejar la ciudad como lo que es: una jungla de asfalto. Los conductores, seguros dentro de nuestros autos, nos sentíamos invencibles.

Lo más sorprendente de ese día fueron más bien las calles vacías de una de las ciudades más habitadas del mundo. Ese día no había nadie afuera, eso creímos. Si llegamos a ver una que otra persona, ésta caminaba rápido, con miedo, como si su vida se acortara conforme aumentaba el tiempo fuera de casa.

Al llegar al centro nos dimos cuenta de lo equivocados que estábamos. Sí había personas fuera. Se trataba de la gran cantidad de indigentes que habitan el centro de nuestra ciudad. Aquellas personas que parecen desaparecer entre la multitud en un soleado día cualquiera.

Llegamos a un semáforo. Se acercó un joven al coche, venía drogado. Nos tocó la ventana y, ya sea por miedo o por inocencia, bajamos el vidrio. "¡Hola!" nos dijo y extendió la mano, por miedo o por inocencia le extendimos

la mano también. “Me gusta tu chica”, le dijo a mi esposo. “Ándale pues”, le respondió él impaciente, e intentó persuadirlo de que se retirara. El semáforo se puso verde y arrancamos sorprendidos: él no tenía idea.

De regreso pasamos frente a un mercado y con el mismo panorama: grupos de indigentes que siempre han estado ahí pero que nunca nos dignamos a mirar. Una señora se acercó, ignorando la sana distancia: quería dinero y tenía aliento alcohólico. Le dimos unas monedas y arrancamos. Ella no tenía idea.

Conforme fueron avanzando los días más crudos del encierro, las calles se iban vaciando. Tuve la oportunidad de ver fuera a muchas personas con diferentes condiciones: esquizofrénicos, adictos, en situación de calle, indígenas, etcétera. Todas esas personas a las que no les permitimos formar parte de nuestra sociedad, a las que no nos atrevemos a mirar. Ellos no tenían idea, si la tenían, no les importaba.

Teolinca Velázquez

Testimonio

Estudiante

Psicología, División de Ciencias Sociales y Humanidades